

mentos en los pueblos. ¿Estás entendido en esto?—Sí, señor, le respondí, porque me costaba poco trabajo decir que sí; no porque sabía yo cuáles eran las obligaciones de un vicario.

—Pues ahora es menester que también sepas, añadió mi padre, que debes ir sin réplica á donde te mandare tu prelado, aunque sea al peor pueblo de tierra caliente, aunque no te guste ó sea perjudicial á tu salud; pues mientras más trabajos pases en la carrera de vicario, tantos mayores méritos contraerás para ser cura algún día.

En los pueblos que te digo, hay mucho calor y poca ó ninguna sociedad, si no es con indios mazorrales. Allí tendrás que sufrir á caballo y á todas horas en las confesiones, soles ardientes, fuertes aguaceros y continuas desveladas ó vigiliias. Batallarás sin cesar con los alacranes, turicatas, tlalages, pinolillo, garrapatas, gege-nes, zancudos y otros insectos venenosos de esta clase, que te beberán la sangre en poco tiempo. Será un milagro que no pases tu trinquetada de tercianas, que llaman *fríos*, á los que sigue después ordinariamente una tiricia consumidora; y en medio de estos trabajos, si encuentras con un cura tétrico, necio y regañón, tendrás un vasto campo donde ejercitar la paciencia; y si topas con un flojo y regalón, cargará sobre tí todo el trabajo, siendo para él lo pingüe de los emolumentos.

Conque esto es ser sacerdote y ordenarse á título de idioma ó administración. ¿Te gusta?—Sí, señor, le respondí de cumplimiento, pues á la verdad no dejó de resfriar mi ánimo el detall que me había hecho de los trabajos y mala vida que suelen pasar los vicarios. Pero yo decía entre mí:—¿Qué, luego ha de dar en un ojo? ¿Luego he de ir á tener á tierra caliente, á un pueblo ruín? ¿luego ha de haber alacranes, moscos ni esos otros *salvajes* que me dice mi padre? ¿Luego me han de dar los fríos, ó los curas á quienes sirva han de ser todos flojos y regañones? Quizá no será así, sino que hallaré un buen pueblo y cura, y entonces pasearé bien, tendré dinero, y dentro de un par de años lograré un curato riquillo, y descansando yo en mis vicarios, ya me podré tender boca arriba y raparme una videta de ángeles.

Estas cuentas estuve yo haciendo á mis solas, mientras mi padre fué á la puerta para enviar una criada á traer tabaco. Volvió su merced, se sentó y continuó su conversación de este modo:

—Conque, Pedrillo, supuesta la resolución que tienes de ordenarte, ¿qué quieres estudiar? ¿cánones ó teología?—Yo me sorprendí, porque cuanto me agradaba tener dinero rascándome la barriga hecho un flojo, tanto así me repugnaba el estudio y todo género de trabajo.

Quedéme callado un corto rato, y mi padre, advirtiéndome mi turbación, me dijo: — Cuando resolviste dedicarte á la Iglesia, ya preveniste la clase de estudios que habías de abrazar, y así no debes detener la respuesta. ¿Qué, pues, estudias? ¿cánones ó teología? — Yo muy fruncido le respondí: — Señor, la verdad; ninguna de esas dos facultades me gusta, porque yo creo que no las he de poder aprender, porque son muy difíciles. Lo que quiero estudiar es moral, pues me dicen que para ser vicario, ó cuando más un triste cura, con eso sobra.

Levantóse mi padre al oír esto, algo amohinado, y paseándose en la sala decía: — ¡Vea usted! estas opiniones erróneas son las que pervierten á los muchachos. Así pierden el amor á las ciencias; así se extravían y se abandonan; así se empapan en unas ideas las más mezquinas y abrazan la carrera eclesiástica, porque les parece la más fácil de aprender, la más socorrida y la que necesita menos ciencia. De facto, estudian cuatro definiciones y cuatro casos los más comunes del moral, se encajan á un sínodo, y si en él aciertan por casualidad, se hacen presbíteros en un instante y aumentan el número de los idiotas con descrédito de todo Estado. — Y encarándose á mí, me dijo: — En efecto, hijo, yo conozco varios vicarios imbuídos en la detestable máxima que te han inspirado de que no es menester saber mucho para ser sacerdote, y he visto, por desgracia, que algu-

nos han soltado el *acocote* para tomar el cáliz, ó se han desnudado la pechera de arrieros para vestirse la casulla, se han echado con las petacas y se han metido á lo que no eran llamados; pero no creas tú, Pedro, que una mal mascada gramática y un mal digerido moral bastan, como piensas, para ser buenos sacerdotes y ejercer dignamente el terrible cargo de cura de almas.

Muy bien sé que hubo tiempos en que (como nos refiere el abate Andrés en su historia de la literatura) decayeron las ciencias en la Europa, en tanto grado, que el que sabía leer y escribir tenía cuanto necesitaba para ser sacerdote, y si por fortuna sabía algo del canto llano, entonces pasaba plaza de doctor; pero ¿quién duda que la santa Iglesia no se afligiría por esta tan general ignorancia, y que condescendería con la ineptitud de estos ministros, por la oscuridad del siglo, por la inopia de sujetos idóneos y porque el pueblo no careciera del pasto espiritual; y así, á trueque de que sus hijos no perecieran de hambre, teniendo por la gracia de Jesucristo, el pan tan abundante, tenía que fiar con dolor su repartimiento á unas manos groseras y que encomendar, á más no poder, la administración de la viña del Señor á unos operarios imperitos?

Pero así como en aquel tiempo hubiera sido un error grosero decir que sobra con saber leer para hacerse alguno digno de los sagrados órdenes, por más

que así sucediera, de la misma manera lo es hoy asegurar que para obtener tan alta dignidad *sobra* con una poca de gramática y otro poco de moral, por más que muchos no tengan más ciencias cuando se ordenan; pues tenemos evidentes testimonios de que la Iglesia lo tolera, mas no lo quiere.

Todo lo contrario; siempre ha deseado que los ministros del altar estén plenamente dotados de ciencia y virtud. El sagrado Concilio de Trento manda: «que los ordenados sepan la lengua latina; que estén instruídos en las letras; desea que crezca en ellos con la edad el mérito y la mayor instrucción; manda que sean idóneos para administrar los sacramentos y enseñar al pueblo, y por último, manda establecer los seminarios, donde siempre haya un número de jóvenes que se instruyan en la disciplina eclesiástica, los que quiere que aprendan gramática, canto, cómputo eclesiástico y otras facultades útiles y honestas; que tomen de memoria la Sagrada Escritura, los libros eclesiásticos, homilías de los santos y las fórmulas de administrar los sacramentos, en especial lo que conduce á oír las confesiones, y las de los demás ritos y ceremonias. De suerte, que estos colegios sean unos perennes planteles de ministros de Dios.» *Ses. 23, cap. XI, XIII, XIV y XVIII.*

Conque ya ves, hijo mío, cómo la santa Iglesia quiere, y siempre ha querido, que sus ministros estén

dotados de la mayor sabiduría, y justamente; porque ¿tú sabes qué cosa es y debe ser un sacerdote? Seguramente que no. Pues oye: un sacerdote es un sabio de la ley, un doctor de la fe, la sal de la tierra y la luz del mundo. Mira ahora si desempeñará estos títulos, ó los merecerá siquiera el que se contenta con saber gramática y la moral á medias, y mira si para obtener dignamente una dignidad que pide tanta ciencia, bastará ó sobraré con tan poco, y esto suponiendo que se sepa bien. ¿Qué será ordenándose con una gramática mal mascada y una moral mal aprendida?

Por otra parte, cuando vemos tantos sacerdotes sabios y virtuosos que, ya viejos, enfermos y cansados, con las cabezas trémulas y blancas, en fuerza de la edad y del estudio, aún no dejan los libros de las manos; aún no comprenden bastante los arcanos de la teología; aún se oscurecen á su penetración muchos lugares de la Sagrada Biblia; aún se confiesan siempre discípulos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y se conocen indignos del sagrado carácter que los condecora, ¿qué juicio haremos de la alta dignidad del sacerdocio? ¿Y cómo no nos convenceremos del gran fondo de santidad y sabiduría que requiere un estado tan sublime en los que sean sus individuos?

Y si después de estas serias consideraciones, tendemos la vista por el oriente opuesto, y vemos cuán tran-

quilos y satisfechos se introducen al *Sancta Sanctorum* muchos jovencitos con cuatro manotadas que le han dado á Nebrija y otras tantas al Padre Lárraga. Si vemos que algunos, apenas se ordenan de presbíteros, cuando se despiden, no sólo de estos dos pobres libros, sino quizá, y sin quizá, hasta del breviario. Y por último, si damos un paso fuera de la capital, y ciudades donde residen los diocesanos y cabildos, y vemos por esos pueblos de Dios lances de ignorancia escandalosos y aun increíbles,¹ y si escuchamos en esos púlpitos sandeces y majaderías que no están escritas, ¿qué juicios nos hemos de formar de estos ministros? ¿Cuál de su virtud? ¿Y cuál de lo recto de la administración espiritual de los infelices pueblos encargados á su custodia? ¡Oh! que para referir los daños de que son causa, sería preciso decir lo que Eneas á Dido al contarle las desgracias de Troya. ¿Quién reprimirá las lágrimas al referir tales cosas?

¹ Tal es el que sigue. Reconcilióse en un lugar de España el eximio doctor Suárez para celebrar, y el miserable vicario que lo oyó de penitencia era tan ignorante, que no sabía la forma de la absolución. Fué necesario que el mismo penitente se la fuera apuntando así como se hace con el que ha de recitar una relación que no sabe; pero por fin, con este auxilio, absolvió nuestro vicario al dicho sacerdote, quien luego que acabó su misa, fué á ver al cura lleno de escándalo, y con razón, y le dió parte de lo que le había acontecido; pero ¿cuál sería la sorpresa de este teólogo cuando oyó al cura que muy mesurado le dijo: — Padre, ese vicario es muy tonto; ya yo le tengo dicho varias veces que no se meta en absolver, sino que oiga las confesiones y me remita á los penitentes, que yo los absolveré?

Conozco que este caso se hará increíble; pero se hará tal á los que no hayan salido de México ó de otras ciudades, pues los que hemos andado por los pueblecillos distantes de las mitras, lo creemos como si lo hubiéramos visto, porque hemos presenciado otros más lastimosos en su línea, y yo pudiera citar algunos si no fueran tan modernos.

Aquí sacó mi padre su reloj y me dijo:—Ha sido larga la conferencia de esta noche; mas aún no te he dicho todo cuanto necesitas sobre un asunto tan interesante; sin embargo, lo dejaremos pendiente para mañana, porque ya son las diez, y tu madre nos espera para cenar. Vámonos.

